

## DISCURSO

PARA EL DIA

### DE SAN FRANCISCO DE PAULA.

(DE TRONCOSO.)

*Qui se humiliat exaltabitur.*

El que se humilla será ensalzado.

*S. Lucas, c. 14. v. 11.*

No se ha hecho la verdadera gloria para los espíritus altivos y orgullosos. La confusión y la ignominia siguen de cerca á la elevación de los hombres que, adheridos á las máximas de un siglo esencialmente soberbio, se remontan sobre sus semejantes por solo el deseo de dominarlos y hacerles sentir el peso de su autoridad. Los mas empinados cedros que descuellan sobre los humildes arbustos y extienden su follaje hasta las nubes, se ven en un abrir y cerrar de ojos abatidos por tierra, y sirviendo únicamente de cebo á las llamas. Así el impío que hinchado de pujanza cuando se mira enaltecido sobre las ruinas de sus prójimos, insulta á los que por el suelo yacen víctimas del desprecio, experimenta cuando ménos piensa la huesuda mano de la adversidad, que trastornando todos sus planes hace desaparecer toda su quimérica grandeza y le envuelve entre el polvo. No así los que con un profundo conocimiento de sí mismos solo reconocen en Dios el origen de la verdadera gloria y de la positiva grandeza. Estos cuanto mas se humillan, tanto mas engrandecidos se hallan; porque Dios se complace en levantar del cieno al pobre, para colocarle sobre los tronos de los príncipes, y se deleita en derramar con profusión los tesoros de su grandeza sobre aquellos que viven en el temor santo del Señor. El mismo Jesucristo lo ha prometido solemnemente diciendo: «El que se humilla será ensalzado:» *Qui se humiliat exaltabitur.*

Con dificultad pudiera hallarse un monumento mas brillante de esta verdad que el que hoy forma el objeto de estos solemnes cultos. ¿Quién fué mas humilde que san Francisco de Paula? ¿quién mas que él fué ensalzado por el Señor? ¿Vióse jamas en un mortal un fondo de humillación semejante, unido á una gloria tan extraordinaria?

¡ Oh prodigio de humildad! ¡ oh portento de grandeza! El entendimiento humano es incapaz de concebir una idea justa de este varón eminente en santidad y casi ilimitado en sus prodigios. Si le contemplo en el silencio de su retiro, represéntame como el menor de todos los hombres; si le miro en las cortes de los príncipes, páreceme el mas grande de los nacidos. En el desierto me admira su pequeñez y su anonadamiento; en las ciudades me sorprende su gloria y las aclamaciones que donde quiera le persiguen. Aquí le veo, semejante á un David, el mínimo entre los hijos de Isai; allí como un Elías siendo el oráculo de los monarcas, el consejero de los grandes, el árbitro de los elementos, el dominador de la muerte.

Tal fué, católicos, el insigne Francisco de Paula; el hombre de humildad, y el hombre de grandeza; el héroe del propio desprecio, y el héroe de la gloria de todo el orbe; el que mas huyó de los humanos aplausos, y á quien aplausos mas bien merecidos prodigó la humanidad; el mas cauto en ocultar su virtud y santidad, y el que hizo su santidad y virtud mas ostensible con innumerables prodigios; en una palabra, el mas humilde de todos los hombres y á quien Dios mas ensalzó con sus divinos dones: *Qui se humiliat exaltabitur.*

Ved aquí el elogio que hoy consagra á san Francisco de Paula la iglesia nuestra madre, y lo que va á servir de asunto á mi discurso. Ayudadme á pedir al Dios de los humildes la gracia necesaria para tratar dignamente tan importante materia; y al efecto pongamos por intercesora á aquella vírgen que por su profundísima humildad mereció ser llamada bienaventurada en todas las generaciones. Adoptemos la salutación del ángel y digámosla rendidamente: *Ave María.*

#### REFLEXION ÚNICA.

Casi siempre preceden los prodigios del cielo al nacimiento de los grandes héroes. Cuando Dios envía al mundo alguno de

sus escogidos para ser modelo de perfeccion, hasta en su misma cuna hace brillar luces présagas de sus futuros resplandores. Los primeros dias de Francisco de Paula fueron acompañados de misteriosos signos que hicieron concebir de él las mas faustas esperanzas. Sus virtuosos padres le recibieron como un don del cielo, pues como otro Isaac fué hijo de promesa y fruto de oracion. No bien ha visto la luz, cuando ya es objeto de los prodigios del omnipotente Criador: pues en virtud de un voto que hace su religiosa madre de consagrarle á su servicio en la religion seráfica por espacio de un año, desaparece de sus ojos una nube que le privaba en parte de la vista.

Pasemos empero en silencio estos preludios prematuros de la virtud de nuestro jóven héroe; nada digamos de su educacion virtuosa; omitamos en gracia de la brevedad los rápidos progresos que hizo en el temor santo de Dios, bajo la direccion de unos padres cuyos admirables ejemplos bastaban para formar un santo; sigámosle á la casa del Señor á donde á la edad de trece años corre presuroso como otro Samuel, para establecer allí su morada en cumplimiento de la promesa maternal entre los hijos del serafin de Asís. ¿Visteis el sol en uno de los hermosos dias de primavera, cuando al aparecer por el oriente deslumbra con sus rayos á los que esperan la venida del dia? No de otro modo el jóven Francisco, tan luego como se dejó ver de aquellos religiosísimos varones, causó en todos un pasmo universal por la austeridad de sus costumbres, por su prudencia superior á su edad, por su recogimiento y abstraccion total de todo lo terreno, por su silencio continuo, por su obediencia y sumision extraordinarias, y mas que todo por una humildad tan profunda, que podia servir de modelo á los hombres encanecidos en los claustros.

Entre tanto llega el dia en que este sol gire en una órbita mas espaciosa para iluminar á todo el orbe cristiano. Si camina á Asís á visitar el santuario de nuestra Señora de los ángeles, si se dirige á la ciudad eterna á postrarse ante el sepulcro de los santos apóstoles y orar en sus sagradas Basílicas, si recorre en su tránsito todos los monasterios que encuentra; en todas partes es admirado por sus costumbres puras é intachables, en todas deja su humildad ejemplos de edificacion universal. Por efecto de esta virtud perfectísima, le vereis retirarse á un lugar solitario, en donde ignorado del mundo medita pasar sus dias,

anhelando por toda gloria los abatimientos y la cruz de su divino Salvador. Si como al Bautista en el desierto le siguen tropas de hombres que maravillados de su perfeccion desean hacerse sus discípulos, le vereis huir precipitadamente y sepultarse en una horrenda gruta, que con sus propias manos abre en la concavidad de un peñasco azotado por las olas del mar. Allí meditando de continuo en su propia nada, ni aun á levantar se atreve sus ojos de aquel polo en que mira su origen. Allí abrazándose con la penitencia mas austera, solo se alimenta de raíces de los árboles y del agua que le ofrece un arroyo vecino. La acerada disciplina despedaza inclemente sus inocentes miembros; el áspero cilicio martiriza una carne extranjera á los placeres mundanos; la oracion constante roba á sus párpados el preciso reposo: y en medio de una vida tan fervorosa, con el mas alto desprecio de sí mismo se lamenta de su inutilidad y se juzga el mas indigno de todos los mortales.

Sin embargo el cielo que le reservaba para grandes empresas de su servicio, quiere darle á conocer al mundo. Todas las precauciones de Francisco de Paula para vivir olvidado de los hombres, fueron inútiles. Bien así como el sol, por mas que momentáneamente se envuelva entre espesas nubes, al fin vuelve á presentarse con mas belleza á la vista de los mortales, del mismo modo nuestro humilde solitario, aunque escondido entre rocas al parecer inaccesibles y envuelto entre los tupidos celajes de su extremada humildad, no pudo evitar que los esplendorosos rayos de su santidad llegasen á las ciudades y pueblos circunvecinos, y trajesen á su gruta muchedumbre de personas de todas edades, pidiéndole con instancia ser admitidos bajo su direccion. Rehúsalo la humildad de Francisco; pero la voluntad de Dios hácese manifiesta; y con la mayor amargura acepta al fin tan penosa mision.

Ved ya á nuestro héroe hecho á la edad de diez y nueve años el Moises de un numeroso pueblo, que mas adelante ha de repartirse entre sí la tierra de promision, estableciéndose en todos los puntos de la iglesia católica, para ser el modelo de la mas constante abstinencia y de una humildad la mas asombrosa. Allí fué en efecto donde el humilde Francisco de Paula zanjó los cimientos de su órden que quiso llevase siempre por distintivo el título de órden de los *Minimos*, título á la verdad que honra la memoria de su ilustre fundador mas que pudieran

hacerlo todos los magníficos y pomposos dictados que el mundo prodiga á sus héroes. Así fué que tan luego como dió principio á la construccion del primer monasterio, viéronse acudir de todas partes personas de ambos sexos, que deseosas de contribuir á la realizacion de aquella empresa, no solamente le ofrecian sus haberes, sino que aun se tenian por dichosas de trabajar con sus propias manos. Viéronse jóvenes del mas elevado rango, señoras de la mayor distincion cargar sobre sus hombros los materiales destinados al edificio y disputarse la honra de ser los primeros en aquella ocupacion humilde. Vióse á los obispos de aquellos contornos ofrecer á Francisco nuevas fundaciones en sus diócesis, y proporcionarle los medios de establecer su instituto en Paula, Paterno, Especia y Casigliano. Vióse á los sicilianos, émulos de la dicha de los calabreses, pedirle con instancia enviase á su isla operarios celosos que trabajasen en la viña del Señor y fijasen entre ellos su morada. Y en medio de todo esto, el humilde Francisco, cual si aquellas honras le fueran extranjeras, solo piensa en su nada, solo atiende á su pequeñez, y en este concepto, léjos de mirar el carácter de fundador y de general de la órden como un título de dominio sobre sus hijos, mírale como un cargo que le hace ser el primero en los abatimientos y en la humillacion. Elige para sí cuanto de mas abyecto hay en las ocupaciones domésticas; servir á sus hermanos, barrer sus aposentos, limpiar sus heridas, ejercer toda clase de ministerios los mas despreciables á los ojos del mundo, eran sus delicias y su mas completa satisfaccion.

¿Cómo pues no habia de compensar el Señor la profunda humildad de su siervo? Ah! lo hizo en efecto, y de tal suerte, que parecian luchar entre sí Dios y el hombre; aquel empeñado en ensalzar á este, y este empeñado en abatirse á sí mismo. Si el papa Sixto IV, sumamente maravillado de lo que la fama divulgára acerca de este hombre extraordinario, le llama á Roma, y en presencia de sus purpurados y de lo mas brillante de aquella corte le hace el honor nunca visto de mandarle sentar á su lado; el humilde ermitaño de Calabria, confundido y abismado en sí mismo, se postra en su presencia, y resistiéndose á las instancias de la cabeza suprema de la iglesia que quiere imponerle las manos y elevarle á la dignidad del sacerdocio, suplica, insta, y con lágrimas en los ojos pide con encarecimiento

que le deje en su humilde estado. Si en Nápoles y Tours ve las testas coronadas salir á su encuentro y arrojarse á sus piés, en medio de las aclamaciones universales, y de triunfos magníficos preparados para festejar su llegada, Francisco inmóvil é insensible en medio de tantas honras, á manera de roca á quien no pueden hacer balancear los impetuosos embates de las olas, ni se altera, ni se inmuta, ni aun la menor impresion experimenta en su ánimo: todo lo mira como vanidad y afliccion de espíritu.

Si el rey de Francia Luis XI consigue de la humildad de Francisco que vaya á su corte, nada ménos es necesario que un breve pontificio para obtener este triunfo. El obediente solitario cuyas delicias eran el silencio de los claustros, se ve obligado por el papa á marchar al palacio de Plesis para servir de consultor al enfermo monarca. Obedece al punto; á su llegada toda la grandeza le rinde vasallaje; Francia le ve, le admira, le venera y le ama. El mismo Delfin que salió á su encuentro hasta Amboise, le honra como á un enviado de Dios. El rey, tan luego como sabe su arribo, corre presuroso á echarse á su piés: y como otro Ezequías, ruega al nuevo Isaías que pida al Señor prolongue todavía sus dias amenazados de una muerte próxima; pero Francisco, léjos de lisonjearle con mentidas esperanzas, le anuncia que su corona va en breve á marchitarse entre el polvo del sepulcro, y que es preciso prepararse para dar cuenta de su reinado al inmortal monarca de los siglos. Luis oye á su profeta: se resigna, le pide sus consejos, ejecuta sus mandatos, y asistido por él en sus últimos momentos, lanza en sus brazos el postrimer aliento.

En vano el humilde Francisco quiere dejar la corte. Carlos VIII sucesor de Luis su padre, le obliga á quedarse en ella para ser su consejero y conductor en los difíciles y complicados negocios de la corona. No da un paso sin oír ántes su parecer; no lleva á cabo empresa alguna que no haya obtenido su aprobacion. El ermitaño calabres es el que dirige el timon de aquella gran nave, el árbitro de los destinos de toda la Francia. ¡Así han respetado en todos tiempos á la virtud los hombres verdaderamente grandes del mundo!

Pero ni todas estas honras ni otras muchas que no es posible mencionar en un breve discurso, me maravillan, cuando hago atencion á los portentos con que el cielo se empeñaba en en-

salzar la humildad de Francisco. ¿Cómo no le habian de colmar de honores los hombres, si el mismo Dios parece habia derramado sobre él todos los tesoros de su grandeza y de su poder? ¿Hubo jamas un mortal en quien se viesen tantos prodigios reunidos? ¿No se le vió mandar seis veces á la muerte en distintas ocasiones, y dos en una misma persona, y ser luego obedecido? (1) ¿No se le vió á su tránsito por la ciudad de Bormes en medio de innumerable multitud de enfermos, que á su vista ó con su oracion se hallaban instantáneamente libres de sus dolencias? ¿No se le vió marchar por medio de las voraces llamas de un horno encendido, sin que á su planta tocase la mas leve chispa de aquel fuego abrasador? ¿Cuántas veces contuvo con su palabra masas inmensas de piedra, que desgajándose con ímpetu de la montaña, amenazaban la mas lastimosa catástrofe! ¿Cuántas á su simple mandato hizo desaparecer obstáculos insuperables que se oponian á la construccion de sus monasterios, haciendo tal vez que un hombre aquejado de un dolor que apénas le dejaba tenerse en pié, cargase solo con un pesado andamio que muchos hombres ni aun levantar podian, y quedarse por un doble portentoso perfectamente sano de su dolencia! ¿Cuántas en terrenos ingratos y estériles renovó los prodigios del desierto de Marath, haciendo brotar del peñasco raudales copiosísimos de agua! ¿Cuántas en fin leyendo en el libro del porvenir, anunció los sucesos mas ocultos y extraordinarios! Ah! Al considerar las maravillosas predicciones de este nuevo Vidente, hubiérase dicho que ejercia un dominio absoluto sobre lo presente y lo porvenir; que tenia en sus manos la llave de los tiempos: que era dueño de todos los corazones, y que Dios le habia investido de un poder sin límites sobre el cielo y sobre la tierra. Aquí vaticina los progresos de su naciente instituto, señala los sitios en que han de fundarse monasterios, y marca las personas que han de tomarlos bajo su proteccion. Allí predice al cardenal Julian de la Rovere que veinte y dos años despues seria exaltado al sòlio pontificio y confirmaria el cuarto voto de abstinencia que hacen los religiosos de su órden. Ora preve el inminente riesgo en que debia hallarse Carlos VIII rey de Francia, en la célebre batalla de san Aubin. Ora anuncia al rey don Fernando los triunfos que de él

(1) *Ballet, Serm. de S. Franc. de Paula, primera parte.*

reportarian los moros sus enemigos, y los que de estos conseguiria él, expeliéndolos de sus estados y recobrando la ciudad de Granada. Ya profetiza el sitio de Constantinopla por Mahometo II y su dominacion en aquella floreciente y pacífica ciudad. Ya en suma hace saber los furoros que los hugonotes habian de ejercer en 1562, y su implacable saña contra los restos de los santos.

Mas no es posible reducir á guarismos el número de predicciones y milagros con que al Señor plugo honrar en su vida la humildad de Francisco de Paula. En él se vieron renovados los dias del gran Moises, de Josué, de Elías, de Isaías, de Ezequiel, los vaticinios de estos, los portentos de aquellos. Ni los sepulcros de las Galias tan famosos en otro tiempo por la muchedumbre de los prodigios de los Hilarios, Germanes, Lupos, Remigios y Gregorios fueron mas fecundos en hechos grandes y extraordinarios que el sepulcro de Francisco de Paula. Cébase en buen hora la rabia de los novadores en el precioso cuerpo de este insigne santo; arrástrenle por el suelo, echándole al cuello una soga; arrójenle á las llamas, y para alimento de estas echen la imágen sacratísima del Redentor. ¡Oh insana impiedad! Todo tu furor no será suficiente para privar á la iglesia de este precioso tesoro. El fuego reducirá á cenizas esa carne pura y sin mancha; pero aun nos quedarán sus huesos intactos para rendirles los honores sancionados por la religion, y consolarnos con su posesion mas inestimable que el oro y las incrustaciones preciosas de los templos que los encierran. Plessis, Tours, Nigeon, Paris, Aix, Nápoles, Génova, Paula, Barcelona y Madrid poseen estos sagrados restos; donde quiera se les tributa un culto puro y sublime; donde quiera se experimenta el benéfico influjo de la intercesion del héroe calabres. Centenares de monasterios de su inmortal instituto fundados en Francia, Italia, Nápoles, Alemania, Sicilia, España y en casi toda la Europa transmiten á los siglos la grata memoria de un santo que habiendo escogido por compañera inseparable de sus acciones la humildad mas profunda, se vió elevado á un grado de grandeza y de gloria que ha asombrado á todo el universo; de un santo á quien seguia por todas partes la fama de sus milagros, y que en proporcion que ocultaba los dones del cielo, el cielo los hacia patentes y ostensibles á la vista de todos; de un santo que en medio del desierto, bien así como faro lumi-

noso colocado en la eminencia, despidió rayos deslumbrantes que le hicieron conocer hasta mas allá de los mares; y que en el seno de la opulencia y en la dorada techumbre de los palacios jamas se ensoberbeció, ni se dejó mover por el aura mundana de los honores mas extraordinarios; de un santo á quien respetaron los monarcas, á quien acataron los pontífices, á quien obedecieron los purpurados, á quien temieron sus enemigos, á quien cuantos le trataron no pudieron ménos de venerar, amar y admirar; de un santo que se humilló cuanto humillarse pudo, y á quien Dios ensalzó cuanto le fué posible ensalzarle, verificando en él la promesa de su Evangelio: *qui se humilial exaltabitur.*

¡Oh humildad, virtud celestial que llegas casi á divinizar al mortal que te abraza y practica! Ven á residir en nuestros corazones; destruye en nosotros todo pensamiento de altivez y orgullo; disipa hasta la mas remota idea de propia estimacion; haznos conocer nuestra nada; para que á ejemplo del insigne Francisco de Paula merezcamos experimentar la verdadera grandeza, que consiste en la gracia de Dios y la proteccion de tu brazo omnipotente.

Y tú, héroe insigne que tan preciosas huellas nos dejaste marcadas en tu portentosa vida, alcánzanos del Señor gracia para seguir por ellas; haz que el cielo sensible á nuestros ruegos nos infunda ese espíritu de humildad que tan grato te hizo á los divinos ojos; á fin que imitándote en esto así como en tu caridad ardentísima, en tu abstinencia constante y en tu fidelidad á los divinos preceptos y consejos evangélicos, seamos acreedores á ser un día coherederos contigo del reino eterno de la gloria.

## DISCURSO

PARA EL DIA

### DE SAN FRANCISCO DE SALES.

(DE MACCARTHY.)

*Regna propter veritatem et mansuetudinem... et deducet te mirabiliter dextera tua.*

Reina por medio de la verdad y de la mansedumbre; y tu diestra te conducirá á cosas maravillosas.

*Salmo 44. v. 5.*

Contemplando el profeta Rey al Mesías adorable que un dia debia nacer de su sangre, en uno de aquellos divinos trasportes en que se presentaban á su espíritu los acontecimientos venideros, arrebatado de admiracion y de amor á vista de tanta belleza y gloria, de tanto poder y bondad, exclama embriagado de un santo placer: « ¡ Oh tú el mas gentil en hermosura entre los hijos de los hombres! Derramada se ve la gracia en tus labios, y lleno estás para siempre de las bendiciones del Señor. Cíñete al lado tu espada ¡ oh rey poderosísimo! con esa tu gallardía y hermosura camina, avanza prósperamente á nuevas conquistas; reina por medio de la verdad y de la mansedumbre, y tu diestra te conducirá en medio de los prodigios: *Regna propter veritatem et mansuetudinem... et deducet te mirabiliter dextera tua.* Estas palabras admirables que David dirigia al divino modelo de todos los santos, no dudo aplicarlas hoy al gran héroe cuya memoria celebramos. Él fué la imágen viva de aquel que se nos pinta con rasgos tan sublimes y brillantes. Revestido de su sacerdocio y animado de su espíritu, obró grandes maravillas, derramó abundantemente las aguas de